

EL LIBRO EN LA ERA DEL CONSUMO

Diego Doncel

Día Internacional del Libro • 23 de abril de 2017

Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

EL LIBRO EN LA ERA
DEL CONSUMO

Diego Doncel

© Junta de Extremadura

Dirección General de Bibliotecas, Museos y Patrimonio Cultural

Plan de Fomento de la Lectura en Extremadura

Mérida 2017

Del texto: Diego Doncel Manzano

Depósito Legal: BA-132-2017

EL LIBRO EN LA ERA DEL CONSUMO

Malasaña, el barrio en el que vivo en Madrid, es un libro ilustrado por grafiteros, modernos de la última modernidad, gastronomía cosmopolita, tiendas de ropa alternativa con un leve aire londinense y bares diseñados según los cánones de los folletos turísticos. Malasaña es un gran centro comercial, pero donde se ejerce el derecho de admisión. Por eso no hay viejos, ni niños, ni gente de barrio. Su pasado de movidas, de música de los 80, de calles heroinómanas, es solo un souvenir. La rebeldía ahora, la transgresión se hace según las estrictas leyes del mercado. La cultura solo consiste en llegar a un determinado nivel de éxito. Porque en Malasaña, lo que no es comercio no existe, no tiene realidad. Tal vez sea el signo de nuestra época.

Estoy sentado en un bar de la plaza del Dos de Mayo. En un rincón donde vengo a curarme de mis naufragios diarios y de las heridas de este tiempo. Es mi sitio favorito para pensar, para pensar entre la gente, no aislado de ella. Para escribir algunas cosas sobre la vida y sobre la literatura, los dos destinos, las dos pasiones a las que irremediamente estoy condenado.

Estoy sentado en un bar de la plaza del Dos de Mayo y pienso en esta Malasaña que se ha convertido en McLasaña, en esta generación mía que está viendo hasta qué punto el sistema capitalista ya no es una mera estructura económica, una compleja maquinaria social, sino algo que hemos interiorizado y ordena nuestra psicología, nuestra forma de existencia, nuestros gustos, nuestros afectos, nuestra mirada sobre las cosas. La economía es el método, dijo aquella gran pensadora que fue Margaret Thatcher; el objetivo es cambiar el alma.

Estoy sentado en este rincón de McLasaña y pienso hasta qué punto la cultura, la literatura de este tiempo, se ha contaminado de esa lógica. Hasta qué punto al combatir el riesgo, la aventura, al asistir a una disolución de categorías tales como lo sublime, la originalidad o la transcendencia, hemos allanado el camino para que no importe la calidad de un libro, sino su impacto en el mercado, es decir, su número de ventas. Hasta qué punto la literatura ha tenido

que reducir sus ambiciones: cambiar el conocimiento por el entretenimiento, obedecer a gustos y criterios que pudieran ser admitidos por una amplia masa de lectores, por un gusto y unos criterios que complacen más que perturban.

El libro ya no importa como elemento transgresor, capaz de ejercer una crítica no solo a la propia institución literaria, sino al sistema político y cultural que está detrás. En el éxtasis del mercado, el libro que asume el riesgo, la investigación lingüística, los nuevos modos de narrar o de poetizar, es visto como impertinente, como trasnochado o como viejo. El trasnochado Faulkner, el viejo Vallejo, el impertinente e inaguantable Joyce.

A la plaza han llegado mis mendigos, mis okupas, algunos chicos que hicieron un mal viaje con las pastillas; llegan también todas mis novias platónicas e imaginarias. ¿Cómo sería el libro de McLasaña? ¿Cómo debería escribirse sobre este lugar? En mi libreta, solo soy capaz de apuntar fragmentos de vidas: la vida del joven ejecutivo, la de la pobre prostituta china que espera en un prostíbulo ilegal, la del empresario del ocio nocturno que corrompe a las autoridades... Fragmentos de vidas puestas sobre el tapete de la página, la simultaneidad entre la belleza y la monstruosidad, entre el brillo del neón nocturno y la miseria. Hemos construido un mundo mecanicista y sin alma, una nueva cosmovisión. Al colocar en el centro de ese mundo la economía y el dinero, hemos creado una forma de vida en la que solo está presente esa mecánica brutal del beneficio o de la rentabilidad, no el alma o el sentimiento de la gente. El alma o el sentimiento son una superstición. La gente, un espacio de consumo. El libro, que es el espejo en el que mejor podemos ver los diferentes rostros del hombre a lo largo de estos siglos de civilización, forma también parte de esta enorme sociedad del espectáculo.

La crítica que se hizo a principios de los años 80 a la vanguardia es el momento en el que esta cosmovisión empieza a tomar cuerpo. Al eliminar el elemento crítico, se inicia un ocaso de las ideologías: no hay un sistema político ni un sistema social más allá del que nos dan estas democracias 2.0. Por eso, en la cultura el repliegue hacia formas tradicionales y conservadoras no deja de avanzar. Por eso, en literatura se abandona la ambición de una literatura mayor por una literatura adaptada a los canales de consumo. Nunca antes el best seller había gozado de tanto prestigio académico, nunca antes el best seller había sido tan aceptado por la crítica. La jerarquía, entonces, entre alta cultura y literatura de consumo se he hecho demasiado porosa, tan porosa que ha habido quien ha confundido el papel de ambas. Hasta tal punto ha existido esa confusión que, para algunos, la literatura de masas y los autores de masas son los que dan el tono de esta época.

Para escribir un libro sobre McLasaña, tal vez tendría que tener en cuenta que la soledad es la mayor epidemia de este barrio. Miles de personas, siempre jóvenes, viviendo en apartamentos. Bloques enteros llenos de seres solitarios que se comunican a través de las redes sociales. No es extraño, por eso, que McLasaña sea el lugar de Occidente donde, por metro cuadrado, más chicos o más chicas se encuentran bebiendo solos en la barra de un bar. En la época del consumo, la escritura de un libro pierde su carácter de creación y adquiere un carácter al que llamaría “industrial”, es decir, una escritura proyectada únicamente para satisfacer el ocio y los gustos populares. Este sentido industrial hace que el libro vaya perdiendo su carácter de aventura estética, su carácter de viaje al fondo del corazón del hombre, de viaje a la complejidad de la vida. El desprestigio tiene que ver entonces con convertirse en un objeto estéticamente limitado, emocionalmente plano, estilísticamente insulso. No hay ninguna aventura de sentido, ninguna aventura espiritual, ninguna aventura del lenguaje. No se aspira a ser original, a crear algo nuevo. Se repiten fórmulas, se acepta el principio de realidad más tópico. El libro no sirve para problematizar, para abrir una crítica, sino para avalar un sistema. El libro industrial tiene valor en tanto sea una mercancía lista para ser consumida por las masas. En el libro lo importante es ser; en el libro industrial lo importante es aparecer, exhibirse.

Exhibirse, ese es un verbo apropiado para un lugar como McLasaña. Como ocurre en estos espacios urbanos que son centros comerciales y de ocio, la exhibición es ubicua, permanente, casi una forma de vida. La abundancia del sapiens exhibiendo moda, diseño o cultura posee un valor antropológico de igual dimensión a cuando golpeó dos piedras para obtener fuego. Sin embargo, aquí el fuego es el logotipo de una marca comercial prestigiosa. Otro fenómeno igualmente trascendente para el libro es la “popularización” o banalización del hecho de ser escritor. Si la literatura se ha hecho popular y de consumo, si ya la calidad es una superstición frente al valor de la rentabilidad, la tarea del escritor se reduce a un hábil constructor de historias proyectadas hacia el entretenimiento. Desde los altavoces neoliberales se nos dice que el escritor no debe tener ideología, no debe aspirar a influir en la sociedad, debe perder su carácter de pensar nuestro mundo. Escribe solo para crear ocio, no aspira a tener lectores sino público, aspira a aparecer en los medios de comunicación tanto analógicos como digitales. Es el escritor-Me gusta, incluso el escritor que, en su versión culta, viene a ser La Gran Sorpresa de la Temporada.

El sol se va poniendo en los tejados de la plaza, las terrazas van siendo tomadas por el frío, en la pantalla gigante de la televisión de un bar estoy viendo imágenes de la CNN. En 2008 empezó una crisis que todavía no se

ha cerrado. El mundo del libro la sufrió de forma profunda y dramática. Pero, como sucedió en la esfera de lo social, esa crisis no sirvió para corregir errores, para llevar la literatura hacia aquellos territorios que nunca tuvo que abandonar. Todo lo contrario: se trató de salvar la crisis apoyando aún más la literatura hecha un objeto mercantil.

Hay quien piensa que todo este fenómeno indica una profunda mutación. Que la idea del libro que teníamos hasta ahora es una idea romántica ya en desuso. Que se trataba de una literatura concebida para una élite, y que el esfuerzo del lector para poder asimilarla es algo que hoy ya no tiene sentido. Es decir, que la cultura capitalista ha cambiado la literatura para siempre. Para ello se basan en un hecho tecnológico absolutamente crucial: la aparición de internet y lo digital. Internet, dicen, implica una nueva manera de escritura, de lectura y de conocimiento, y, además, replantea el mapa de relación entre libro y lector. Estos profetas de lo digital (y de aquí excluyo a los que verdaderamente crean un nuevo ámbito de escritura) defienden que la profundidad del pensamiento se adquiere hoy mediante un pensamiento que surfea entre los links del vasto mar del ciberespacio. En internet no hay profundidad, dicen, solo el deslizarse sobre las olas. El conocimiento se adquiere por un movimiento constante entre los puntos de información. Tal vez sea cierto. Tal vez los bárbaros ya han saqueado la aldea de la cultura conocida hasta ahora. Tal vez la calidad literaria tenga una nueva acepción: el hecho de ser masivamente aceptada por los canales, bendecida por los lectores. Poco importa que esa literatura pueda ser calificada como débil, menor, estéticamente conservadora, continuista y hasta epigonal. Poco importa la escritura de libros débiles, menores, nada conflictivos para el lector, y por tanto, estéticamente tradicionalistas, conceptualmente tópicos. Los bárbaros saquean y, nosotros, agazapados entre las ruinas de nuestra casa, nos mostramos perplejos. Sin embargo, aún aspiramos a la belleza, no a un sustituto comercial de la belleza; aún aspiramos a escribir la verdad, no relatos o poemas que esquivan la verdad; aún aspiramos a pensar la vida y a hacerla habitable mediante nuestras palabras. Creemos en el libro que es capaz de hacer progresar el mundo, que es capaz de descubrir nuevos sentidos y pensamientos nuevos. Una palabra es una forma de emoción, un puente entre un hombre y otro hombre, un instante de lucidez y una forma de felicidad. Somos hijos de la razón de Galileo, de los puntos de fuga de Cervantes, del corazón que late en cada página de Shakespeare. Estamos enamorados de Anna Karenina o de Madame Bovary. Hemos visitado muchas veces el Nueva York de Lorca o la Venecia de Josef Brodsky. Creemos que un libro es una forma de salvación.



**Texto adaptado a Lectura Fácil por la OACEX,
Oficina Técnica de Accesibilidad Cognitiva de Extremadura.**

Texto validado por:

Moisés Jiménez Romero

María Larissa Girón

Casado Rubén Fernández Ramirez

Este documento es una adaptación a lectura fácil.
Esto significa que es más fácil de leer y comprender.

Instrucciones:

En este texto vas a encontrar palabras difíciles de entender.
Esas palabras difíciles están señaladas con un asterisco *
y también están en negrita.

En los lados del texto encontrarás cuadros explicativos.
Estos cuadros explican el significado de las palabras difíciles.



EL LIBRO EN LA ÉPOCA DEL CONSUMO

Malasaña es el barrio de Madrid en el que vivo.
Es como un libro lleno de grafitis, es muy moderno
y tiene comidas de todo el mundo.
También hay tiendas como las de Londres
y muchos bares que se parecen a la propaganda para los turistas.
El barrio de Malasaña es como un gran centro comercial,
pero no todo el mundo puede vivir allí:
solo hay jóvenes, no hay viejos, ni niños,
y ha desaparecido la gente del barrio.
Hace muchos años, en los años 80, era un barrio de moda,
ahora todo aquello es solo un recuerdo para los turistas,
incluso la música y la droga.
Ahora ya no hay rebeldía,
solo lo que se compra y se vende.
La cultura es solo tener éxito, nada más.
Porque en el barrio de Malasaña solo importa lo que se compra o se vende.
Y eso es lo importante en nuestra sociedad.

Estoy sentado en un bar de la ***Plaza del Dos de Mayo**,
en un rincón donde vengo a pensar en mis problemas,
a pensar rodeado de personas y no separado de ellas.
También es mi sitio para escribir sobre la vida y la literatura,
que son mis dos ocupaciones, mis dos pasiones,
a las que dedico mucho tiempo.

Plaza del Dos de Mayo: Es una plaza del barrio de Malasaña de la ciudad de Madrid.

**McLasaña:**

Concepto inventado para definir con una palabra la parte más comercial del barrio de Malasaña parecido a Mcdonald.

Estoy sentado en un bar de la ***Plaza del Dos de Mayo**, y pienso que este barrio de Malasaña se ha convertido en ***McLasaña**, donde las personas de mi edad están viendo cómo el sistema ***capitalista** no es solo una forma de construir la sociedad, sino algo que organiza nuestra vida, nuestra forma de ser, nuestros gustos, nuestros afectos, nuestra manera de ver las cosas. Y como dijo la gran pensadora Margaret Thatcher, la economía no solo debe cambiar la sociedad, también a las personas.

Capitalista: Es una forma de organizar la sociedad donde lo que importa es el valor económico de las cosas.

Estoy sentado en este rincón de ***McLasaña** y pienso que la cultura y la literatura se han contagiado de esa forma comercial de ver la vida. Y me doy cuenta de que cuando quitamos el riesgo y la aventura podemos ver cómo desaparece lo mejor de nosotros, la parte más original de nuestro pensamiento. Hemos convertido el libro en algo comercial, solo importan los libros que se venden mucho, aunque no tengan calidad, solo importan los libros que entretienen, no los que nos hacen pensar. Ya no importa que el libro haga una crítica de las cosas, de la política, de la sociedad, incluso de la cultura o de la literatura. En el mercado de hoy en día, el libro que sea novedoso, que investigue nuevas formas de hacer novela o poesía, que haga cosas nuevas con el lenguaje, es visto como molesto, como pasado de moda o como viejo.



Por ejemplo, escuchamos decir:
el pasado de moda ***Faulkner**,
el viejo ***Vallejo**, el molesto y pesado ***Joyce**.

Faulkner: Fue un narrador y poeta de los Estados Unidos de América.

A la Plaza han llegado mendigos,
personas que viven ilegales
en viviendas que no son suyas,
algunos chicos a los que les sentaron mal las drogas;
también llegan todas mis novias imaginarias.
Y me pregunto: ¿cómo sería el libro de ***McLasaña**?
¿Cómo sería el libro de este lugar?

Vallejo: Fue un poeta y escritor de Perú.

Y en mi libreta,
solo soy capaz de escribir sobre otras personas:
sobre la vida de los jóvenes que se dedican a los negocios,
o sobre la vida de una pobre prostituta china
que trabaja en un prostíbulo ilegal,
o sobre la vida de los empresarios del ocio nocturno
que chantajejan a las autoridades...
Escritos de trozos de vidas,
algunos bonitos y otros monstruosos,
entre el brillo de las luces de la noche y la miseria.
Todos hemos construido un mundo
donde las personas no piensan y no tienen corazón.
Este es el nuevo mundo que hemos inventado.
Al poner en el centro de ese nuevo mundo
la economía y el dinero,
todos hemos creado una nueva forma de vida
en la que solo es importante el beneficio económico
y no el alma o el sentimiento de las personas.
Porque piensan que el alma o el sentimiento no valen nada.
Y a las personas solo se las considera
por lo que puedan consumir.
El libro, que es el lugar donde mejor podemos ver
las diferentes caras del hombre a lo largo de la historia,
es también parte de esta enorme sociedad del espectáculo.

Joyce: Fue un escritor de Irlanda.



Best seller:
libros que
tienen mucha
aceptación y se
han vendido
mucho
cantidad.

La crítica que se hizo
a la evolución de la sociedad en los años 80
fue el momento en que esta nueva forma de ver el mundo
empezó a funcionar.

Al eliminar la parte crítica de los libros,
pierde importancia la forma de pensar de las personas,
y eso es muy negativo para la verdadera democracia.
Y también es muy negativo para el mundo del libro.

Nunca antes el ***best seller**
había tenido tanta fama académica.

Nunca antes el ***best seller** había sido tan aceptado
por las personas que hacen crítica literaria.

El orden entre la cultura para unas pocas personas
y la literatura escrita solo para vender
se ha mezclado hasta confundirse.

Hay tanto desorden que, para algunas personas,
los escritores que escriben literatura para muchas personas
son los mejores de esta época.

Para poder escribir un libro sobre ***McLasaña**
hay que tener en cuenta que la soledad
es la mayor enfermedad del barrio.

Hay miles de personas, siempre jóvenes,
que viven solas en apartamentos.

Son edificios enteros llenos de personas solitarias
que se comunican a través de las redes sociales.

No es extraño, por eso,
que ***McLasaña** sea el lugar donde más chicos o chicas
se encuentran bebiendo solos en la barra de un bar.

En la época que vivimos, la escritura de un libro
pierde su carácter de creación y se vuelve industrial,
porque solo intenta ser parte del ocio.

Esa parte industrial hace que el libro ya no sea una aventura,
ya no sea un viaje al corazón de las personas,
ya no sea un viaje a lo difícil que es la vida.

La poca importancia del libro tiene que ver
con haberse convertido en algo pobre de ideas y de emociones.



En él no se dice un sentido profundo,
no hay un viaje nuevo a uno mismo,
no hay una aventura del lenguaje.
No se desea ser original, se repite lo que ya se sabe.
Se repiten fórmulas, se acepta la realidad más ***tópica**.
El libro no sirve para decir dónde están los problemas,
ni para hacer una crítica,
sino para apoyar esta forma de organizar la sociedad.
El libro industrial tiene importancia como una mercancía
que está lista para ser consumida por muchas personas.
En el libro lo importante es ser,
en el libro industrial lo importante es aparecer, lucirse.

Tópica: Que se usa y se repite con mucha frecuencia.

Lucirse es un verbo
que viene bien para un lugar como ***McLasaña**.
Como ocurre en estos lugares
que son iguales a los centros comerciales y de ocio,
lucirse mucho es una forma de vida.
Hay muchas personas que lucen moda, diseño y cultura
y para ellas tiene una importancia ***antropológica**,
tanta importancia como cuando el hombre descubrió el fuego.
Sin embargo,
aquí el fuego es una marca comercial famosa.
Otro fenómeno es la poca importancia que tiene ser escritor.
Si la literatura se ha hecho popular y de consumo,
y la calidad es una cuestión de buena o mala suerte
frente a la rentabilidad,
el escritor es aquella persona
que solo escribe historias para entretener.
En algunos sitios
se nos dice que el escritor no debe tener ideas propias,
que no debe influir en la sociedad,
que no debe pensar sobre nuestro mundo.
Que solo debe tener muchos lectores
y aparecer en los medios de comunicación.

Antropológica:
Ciencia que estudia los aspectos físicos, sociales y culturales de las comunidades humanas.



Me gusta:
forma sencilla
de decir que
algo te agrada
en Facebook, la
red social.

Este es el escritor ***Me gusta**,
el escritor que solo busca la fama y el éxito.

El sol se va poniendo en los tejados de la Plaza,
el frío se nota ya mucho.

En la pantalla gigante de la televisión de un bar
estoy viendo imágenes del canal de noticias.

En el año 2008

empezó una crisis que todavía no se ha acabado.

El mundo del libro

sufrió esta crisis de forma profunda y dramática.

Pero, como sucedió en la parte social,
esta crisis no sirvió para corregir los errores,
ni para llevar la literatura a aquellos lugares
que nunca debió haber abandonado.

Sino todo lo contrario:

se trató de acabar con la crisis

apoyando la literatura basada en lo económico.

Hay personas que piensan que todo esto es un cambio.

Que la idea del libro que teníamos hasta ahora
es una idea que ya no se usa.

Que era una literatura pensada para unas pocas personas,
y que el esfuerzo del lector por entenderla y comprenderla
es algo que hoy ya no tiene sentido.

Capitalismo:
Es una forma
de organizar la
sociedad donde
lo que importa
es el valor
económico de
las cosas.

Es decir, que el ***capitalismo**
ha cambiado la literatura para siempre.

Y para decir esto

se basan en un hecho muy importante y decisivo:
la aparición de internet y lo digital.

De internet dicen algunas personas
que es una nueva forma de escribir, de leer y de conocer,
y que además crea una nueva relación
entre la persona que lee y el libro.



Estas personas defienden que el pensamiento se consigue navegando en internet.

Dicen que en internet todo es poco profundo.

Que el conocimiento se consigue saltando de información en información.

Y tal vez sea cierto.

Tal vez los salvajes ya han arrasado la cultura como lo conocíamos hasta ahora.

Tal vez la calidad literaria tenga una nueva forma de ser: ser muy aceptada por todas las formas de comunicación, aprobada por todos los lectores.

Poco importa que esa literatura sea débil, con poca belleza, con poco atractivo, que aporte poco a la persona que lee y, por tanto, que sea igual que siempre, con conceptos muy usados y que se repiten mucho.

Estas personas salvajes creen que su cultura es la única y la mejor.

Sin embargo, todavía hay personas que buscan la belleza y no un sustituto de la belleza;

que aún desean escribir sobre la verdad, no relatos o poemas que no cuentan la verdad.

Personas que aún desean pensar en la vida y hacerla mejor a través de las palabras.

Personas que creen que el libro es capaz de mejorar el mundo, de descubrir nuevos sentidos y nuevos pensamientos.

Las palabras son una forma de expresar emoción, una forma de acercar a las personas, una forma donde ves las cosas claras y una forma de felicidad.

Somos hijos de la razón de ***Galileo**, del humor de ***Cervantes**, de la pasión de cada página de ***Shakespeare**.

Estamos enamorados de ***Ana Karenina** o de ***Madame Bovary**.

Galileo: astrónomo, filósofo, ingeniero, matemático y físico italiano.

Cervantes: fue un soldado, novelista, poeta y dramaturgo español.

Shakespeare: fue un dramaturgo, poeta y actor inglés.

Anna Karenina: es una novela del escritor ruso León Tolstoi.

Madame Bovary: es una novela escrita por Gustave Flaubert.



Lorca: fue un poeta, dramaturgo y prosista español.

Hemos visitado muchas veces el Nueva York de ***Lorca** o la Venecia de ***Josef Brodsky**.

En definitiva, creemos que el libro puede ayudar a salvarnos a nosotros mismos.

Josef Brodsky: fue un poeta ruso-estadounidense.

Firmado por el autor: Diego Doncel

Elogios de la lectura:

- 2002 *Elogio de los libros*. Álvaro Valverde.
- 2003 *El festín de Alejandría*. José Luis García Martín.
- 2004 *Tampoco a mí me gusta* (elogio adolescente de la lectura).
Javier Rodríguez Marcos.
- 2005 *Quijotes*. Antonio Sáez Delgado.
- 2006 *La lectora salvaje*. Isaac Rosa.
- 2007 *La vida silenciosa*. Ada Salas.
- 2008 *Sitio de todos*. José Antonio Zambrano.
- 2009 *La lectura como recompensa*. Irene Sánchez Carrón.
- 2010 *En el principio fue el sonido*. María Rosa Vicente Olivas.
- 2011 *La vida que nos damos*. Basilio Sánchez.
- 2012 *Inventario del infinito*. Javier Alcaíns.
- 2013 *Las palabras y las cosas*. Antonio Orihuela.
- 2014 *La lectura, qué gran misterio*. Pilar Galán.
- 2015 *Un libro, una pasión*. Laura Rosa Tardío.
- 2016 *¡Desenfunda, forastero!* Elías Moro Cuéllar.
- 2017 *El libro en la era del consumo*. Diego Doncel.

